

traba el índice de la mano derecha), para mostrarles mis ventanillas, recordarles las desvergonzadas suyas y reducirlas al orden. Luego comprendieron la alusión; se pusieron rojas de cólera, me lanzaron miradas furibundas, y no sabiendo ya qué hacer, me volvieron la espalda. Entonces solté una ruidosa carcajada y pasé adelante.

Berta oyó el relato con escasa atención. El nombre de las "de" Dena había evocado recuerdos tan dolorosos en su mente, que había trasportado su imaginación á escenas y acontecimientos que pugnaba por olvidar.

—No les hagas aprecio, repuso distraída; finge que no las ves cuando las encuentres. Quisiera no volver á oír su nombre.

—Porque eres buena y tímida; yo no, porque soy rencorosa y mala. Me tienen que pagar todas las que me deben.

En esto volvió don Teodomiro á reunir á los músicos, y tan pronto como los vió convenientemente formados, advirtió de nuevo al concurso:

—La pieza que vamos á tocar, es también original de Joaquín; lleva por nombre "La Voz de las Olas."

Y enarbolando la batuta, la agitó tres veces en el aire.

—¡Una.... dos.... tres....!

Al sonar la última palabra, se desgra-

naron las notas de la banda como lluvia de perlas sobre lámina de oro.

La conversación de Joaquín cuando volvió de San Blas, había puesto á Berta sobre la pista de lo que aquella composición representaba; así que no tuvo más que recordar las descripciones del joven y dejarse llevar por los impulsos de su propia imaginación, para ir oyendo, á medida que los temas se desenvolvían, ecos y murmullos del piélago distante. Sonó primero un rumor vago de menudo y fino oleaje, rizado apenas por suave brisa; pero sucesivamente fueron destacándose de la masa musical, ya el parloteo acompasado y distinto de las olas, ya los golpes de ariete del oleaje sobre los peñascos, ya la conmoción epiléptica del mar espumoso y encrespado. Berta miraba entretanto con los ojos de la fantasía, correr las ondas sobre su base móvil, y estrellarse con sordo fragor contra recios picachos, lanzando al aire sus rotos cristales coronados de hervor y espuma. En medio de aquel clamoreo confuso y misterioso, resaltaban con supremo arte otros graciosos acentos, que daban á la composición un marcado carácter de ensueño y poesía: gritos de aves marinas, coros melancólicos de gente de mar y cantos suaves y argentinos de pérfidas é invisibles sirenas.

Si grande había sido el entusiasmo pro-

ducido por el "Himno al Océano," la impresión causada por "La Voz de las Olas" fué más estrepitosa todavía, porque esta segunda partitura, más sencilla y dulce que la anterior, fué mejor comprendida por el concurso; así que, cuando concluyó la ejecución, señoras y señores se levantaron de sus asientos palmoteando con entusiasmo.

Fué un éxito completo, si bien de carácter íntimo, por haber tenido lugar dentro del cerrado recinto del Hospicio; pero como aquel era el mundo donde respiraba, soñaba, amaba y vivía Joaquín, bastó por entonces para colmar sus votos más fervientes. Todos los honores que apetecía, le fueron tributados: la aprobación de las hermanas, la admiración de los asilados, y, sobre todo, el aplauso entusiasta de Berta. ¡Tarde mil veces dichosa aquella! No se hizo la ilusión de creer que hubiese ganado de golpe el corazón de su amada; mas en su mente habían surgido de nuevo radiantes ilusiones, y, embelesado con sus dos amores, el del arte y el de Berta, sólo pensaba en rendirles ardiente culto; y se entregaba al destino como alegre barquero que suelta el remo y deja bogar la barquilla á merced de la corriente.

Desde aquel día comenzó para él una nueva existencia, ya no de adolescente, sino de hombre, y halagado por el éxito,

se entregó más que nunca al cultivo de la música, y consagró todo su tiempo á perfeccionar su técnica, estudiar buenos libros y seguir componiendo. Sólo salía de su soledad para consultar dudas con don Teodomiro ó buscar por los rincones del edificio, el dulce rostro de su amada. Una voz interior le decía que su porvenir artístico estaba íntimamente ligado á la dicha de su corazón, y que si lograba triunfar por el arte, llegaría también á la conquista de aquella otra palma más anhelada. Y era tal la impresión que en su ánimo producía este convencimiento, que la música y Berta eran para él una sola y misma cosa; toda melodía le hablaba de Berta, y Berta cantaba en su corazón como una música. Transcurrieron así varios meses de preparación, durante los cuales sólo pensó en abrirse paso en la sociedad por medio de su talento; felizmente sus triunfos de compositor le conquistaron algunos discípulos de piano, y una rentita que, aunque modesta, le infundía mucho aliento.

Entretanto, la obra del tiempo iba produciendo en Berta sus naturales resultados; la amargura de su corazón había ido calmándose poco á poco, sin que ella misma lo advirtiese, y no muy tarde, se encontró en aptitud de reanudar sus estudios de canto. Mas su nueva consagración al arte no fué ya de mero dilettantismo

como la antigua, sino absoluta y total, porque su alma dolorida buscaba ahora en él, no los goces efímeros del momento, sino un consuelo y un refugio perennes contra la fiereza de los recuerdos. Don Teodomiro notó con satisfacción que la joven se había "empolvado" muy poco, que la agilidad de su garganta era casi la de siempre, y que, para mayor regocijo, el timbre de su voz había mejorado, haciéndose más caliente y apasionado que nunca. Había cantado hasta entonces como niña, y ahora cantaba ya como mujer; antes no había tenido más que candor y placidez en el acento; ahora había también dolor y queja en su garganta.

La desconsolada huérfana se proponía hacer del divino arte el objeto único de su existencia, esperando que sus goces elevados y puros, la indemnizasen de las penas y los desengaños sufridos.

—El amor no se ha hecho para mí, se decía, ni he de encontrar en este mundo la felicidad á que aspiro. Era errado el camino por donde la buscaba, y debo procurarla por otro más natural y fácil. La música me ofrece un dulce porvenir de sosiego y goces exquisitos, y si me consagro á ella, realizaré tal vez mis ideales, y lograré elevar y purificar mi espíritu con la contemplación de la eterna belleza.

En medio de aquel recogimiento, que

bien hubiera podido merecer el nombre de espiritual, pues el arte es una forma de la religión, sobrevino un suceso importante, y fué el matrimonio de José y de Virginia. El joven carpintero, que conocía bien su industria, se había resuelto á dar el gran paso, contando con la simpatía y la protección de las religiosas. Las cortas sumas que su trabajo le había producido, las había ido economizando para comprarse un sencillo menaje de casa y los útiles de carpintería indispensables para establecer su taller; y como sor Ignacia había calificado la idea de excelente, facilitó las cosas cuanto pudo, y aun se obligó á costear el traje de la novia y los modestos festejos nupciales. Así fué todo caminando rápidamente, y poco después se efectuó el enlace en la Capilla del Hospicio, con gran recogimiento y en presencia de los asilados: reduciéndose la ceremonia á la toma de manos de los novios, á una misa rezada y á la velación. Lo único que hubo de notable en los desposorios, fué la breve plática que, con ese motivo, dirigió al concurso el oficiante.

—Dios ha bendecido por mi mano, dijo á Virginia y José, el matrimonio que acabáis de contraer. Ruego á Dios, y de su infinita bondad aguardo, que seáis muy dichosos, os améis, y, sobre todo, cumpláis como buenos cristianos los deberes

que os impone el nuevo estado que habéis elegido. Esta casa, que es asilo contra las miserias y los peligros del mundo, se regocija al veros salir de su recinto, mano entre mano y con propósitos honestos y elevados, que os harán fuertes contra la adversidad. Vuestra unión pone de manifiesto que no se necesita la fortuna para la dicha, y que aun aquéllos á quienes el mundo llama desgraciados, pueden hallarla al través de las oscuridades de su destino. Tú, Virginia, á pesar de ciega, has encontrado al predilecto de tu corazón; él te llevará por la mano y te sostendrá cariñosamente en tu peregrinación por la tierra. Es una lección que Dios nos dá para que nunca desesperemos en la vida y tengamos siempre fe en su infinita misericordia. Pongámonos pues, en sus manos, y bendigamos su santo nombre. Lo que importa es ser sumisos á su voluntad, y no salir del camino que nos traza, seguros de que la dicha viene detrás de las lágrimas, en cumplimiento de la palabra divina que dijo: "Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura"....

Mientras hablaba el sacerdote, no cesaron de llorar José y Virginia, hondamente conmovidos. Lloraba él de ternura al pensar que había recibido de Dios la misión de proteger á aquella pobre niña, y de ser para ella ojo que escudriñase el

camino para que su planta no resbalase, y mano firme que la sostuviese para que no se despeñase en ningún antro. Su dignidad varonil se exaltaba y enardecía ante la perspectiva de aquella vida de cuidados y abnegación que se abría ante sus ojos, y juraba ante el altar, que sabría cumplir sus obligaciones como bueno, pues ardía en deseos de convertir la misma desgracia de no ver, de su amada, en motivo de júbilo y encanto para ella, al sentirse protegida y adorada por él, como tierno y débil niño cuidado por madre abnegada y solícita.

Virginia, entretanto, elevaba el alma al Todopoderoso con indecible gratitud, porque, á pesar de su indignidad, había fijado en ella su ojo bienhechor y derramado sobre sus tinieblas la luz de aquel consuelo, que curaba y restauraba todas sus heridas. Sintióse amada por José, dejaba de considerarse desgraciada, y experimentaba una dulzura inefable al pensar que aquel joven tan bueno y generoso, iba á consagrarse á ella por toda la vida, para ser la alegría de su corazón y la felicidad de su existencia. Apoyada en aquella mano y conducida por aquel guía, podría marchar confiada hasta el término de su carrera, elevando cánticos de adoración y gratitud á la Bondad Infinita.

Lloró Berta á su vez, durante toda la

ceremonia. ¿Por qué? Un tumulto de sentimientos se agitaba en su corazón, aunque dibujado de manera confusa. La conciencia de su propio destino levantaba la voz al mirar la suerte de Virginia, y aplicábase la joven á sí misma cuanto el sacerdote había acabado de decir. ¡Quién hubiera esperado tal desenlace en la vida de la ciega! Sólo inspiraba lástima á sus compañeras; y ahora resultaba triunfadora en la lucha, al conquistar una dicha para la cual parecía no haber nacido. Se casaba con el hombre que amaba; y éste era bueno y noble, y no tenía más pensamiento ni más anhelo, que los de amarla y servirle. Formarían su hogar él y ella, y vivirían contentos, aunque pobres, al amparo del trabajo y de la virtud, sin que nadie lo creyese tal vez; pues, mientras el mundo diría: "hé ahí un par de infelices," los cielos clamarían: "hé ahí un par de criaturas predilectas." La grandeza del alma de José maravillaba á Berta. Aquel pobre artesano tomaba á sus ojos las dimensiones de un héroe. Un amor como el suyo, era un tesoro precioso para quien supiese estimarlo; era todo lo que se necesitaba para la dicha, pues hasta el ser más mezquino se torna grande y brillante á la luz del amor. Quedaba demostrado que la felicidad es destino y recompensa común de todos los que saben moderar sus

anhelos y acomodarlos á las condiciones de su estado. Era insensato pretender saltar las vallas puestas á cada vida por el destino, y esforzarse por conquistar cimas inaccesibles; y no había qué extrañar que, quien se comprometiese en tan descabelladas aventuras, sólo cosechase desengaños y penas como resultado de sus locos devaneos. No había que desesperar del porvenir; la Bondad Divina sabe producir la felicidad con la combinación de innumerables elementos, y ponerla al alcance de todos. El brillo y el esplendor de las cosas no son necesarios para la dicha; bajo capa humilde y forma modesta, pueden hallarse tesoros de alegría oculta é ideal. Así, de un modo inconsciente y paulatino, fué admitiendo Berta la posibilidad de su bienestar, bajo las sencillas condiciones que tenía ante los ojos; y, sumisa ante los decretos de lo Alto, adoraba desde entónces sus designios, sintiéndose dispuesta á ocupar para siempre su sitio al lado de los humildes. Más allá de aquellas reflexiones, se confundían sus ideas, y no lograba concretarlas en un objeto determinado. Formaban simples bosquejos, borrosos como manchas informes, y nada veía en ellos, claro ni distinto; pero aguardaba que de aquella nebulosa fuesen resultando poco á poco, soles refulgentes y sistemas magníficos.

No escapó Joaquín al contagio del enternecimiento general; el cuadro que contemplaba, le hablaba demasiado de sus propios afectos, para dejarle indiferente. Ante el espectáculo de aquella extraña y humilde felicidad, se exaltaban sus sentimientos de adoración hacia Berta, y nacían en su alma locas esperanzas de un destino semejante al de José. Aquel enlace de amor, realizado por hijos de la caridad, demostraba que la dicha era un bien asequible para quien le buscase afanoso, y probaba también que la justicia de Dios, que niega á los pobres los goces de la fortuna, no les niega los del amor, que son los más preciados de todos. A no ser porque se regocijaba con la felicidad de los desposados, les hubiera tenido envidia al contemplar su contento, y al verlos salir de la capilla palpitantes de emoción y con las manos entrelazadas; así que sus reflexiones terminaron con plegarias fervorosas en demanda de una dicha parecida á la de aquel pobre carpintero y aquella ciega infeliz.

Al concluir la ceremonia, acercóse Paulina á Berta y dijole en voz baja:

—No te he perdido de vista; has llorado mucho.

—Es verdad, repuso la interpelada, he llorado.

—Con razón, prosiguió Paulina. A mí también me daban ganas de hacerlo.

¡Qué matrimonio tan pobre y triste! La novia está atrozmente vestida. ¡Qué tela tan ordinaria la de su traje! ¡Y qué velo y coronita de azahares los suyos! ¡Y el novio? ¡Qué te parece? ¡No he visto en mi vida cosa más mezquina ni fea! Casi se pierde de vista por flaco, pequeño y encogido. Y luego ¡haberse casado con blusa! No sé cómo sor Ignacia ha podido permitirlo. Has tenido razón para llorar: el caso no era para menos.

—No, repuso Berta, no ha sido esa la causa de mi enternecimiento; no me fijo en esas cosas.

—¡Cómo! ¿no se te oprime el corazón á la vista de la pobreza?

—Lo que me ha preocupado y conmovido, no ha sido eso, Paulina, sino la emoción de los novios, su felicidad, el cariño que se tienen, y, sobre todo, la bondad de José. ¡Qué gente tan buena hay en este mundo! ¡Bendito sea Dios!

—Pues á mí no me conmueven esas cosas. Lo que me dá es compasión pensar en la vida que aguarda á ese par de infelices. ¡Imagínate qué casa y qué muebles irán á tener! Ha de ser para morirse de tristeza: el brasero con una ó dos ollitas de barro donde hervirán puros frijoles; la mesa, si la tienen, con platos burdos y mantel de manta; la sala con sillas de tule, y todo por el estilo.

—Pero se quieren, y con eso les basta

para estar contentos; no echarán de menos el lujo.

—No lo creas, aunque lo juren. Es imposible que vivan á gusto cuando todo les haga falta. Por mi parte, ¡Dios me libre! ¡Nunca se me ocurrió semejante locura! ¡Uf!, prosiguió Paulina fingiendo un estremecimiento como de intensísimo frío. ¡Qué horror le tengo á la miseria!

### XIII

#### Nuevos preludios

El entusiasmo artístico de Berta y Joaquín les hizo perder la conciencia del tiempo. Las clases de piano del joven habían seguido aumentando, y ya lograba reunir como sesenta ó setenta pesos todos los meses, á fuerza de mucho trabajo, á pesar de darlas á precios reducidos. Con esto había comenzado á formar una reserva pecuniaria destinada á acontecimientos futuros, cuya naturaleza no quería analizar. ¿Qué podía suceder? El mismo no lo sabía, ni se aplicaba á profundizarlo; pero el caso fué que pronto completó quinientos pesos, y con aquella dinerada se puso loco de alegría.

Todo el tiempo libre, lo invertía, como

siempre, en hacer ejercicios de piano para agilitar los dedos, en estudiar con don Teodomiro, y en formar, alentado por él, castillos en el aire sobre arte y amor. El "maestro de Capilla" estimulaba sus locos anhelos en ambos sentidos, con vaticinios espléndidos y ejemplos magníficos de pobres artistas que, por su genio y constancia, habían logrado hacerse amar por mujeres bellísimas, abrirse paso en la sociedad, y adquirir envidiable renombre. Don Teodomiro no tomaba en consideración que todas aquellas eminencias, cuyos nombres puntualizaba y hechos refería, habían florecido en el seno de pueblos adelantados y saturados de arte; mientras Fópoli, ciudad nueva y de incipiente cultura, no tenía aún las condiciones requeridas para impulsar el desarrollo de una gran inspiración, ó estimar y remunerar debidamente una vida exclusiva y exquisitamente artística. Como había pasado la existencia absorto en contemplaciones subjetivas, y dentro del mundo artificial de sus papeles y libros, nunca se había parado á analizar la diferencia que mediaba entre la oscura Fópoli, perdida en un arrenal y arrinconada en el interior de la República, y las grandes y cultas ciudades europeas, que en sus libros se mencionaban (como Milán, Florencia, Nápoles, Viena ó París), donde han conquistado espléndidos triunfos los